

DUELO EN HONDA

LUIS FAYAD

Escritor colombiano residente en Berlín
Entre su extensa obra se encuentran
*Los parientes de Ester, El regreso de los
ecos, Los sonidos del fuego*

De los cinco hombres que ocupaban una mesa de un pequeño café de Honda, con vista al río Magdalena, uno tenía un ojo amoratado. Tío Jorge nos advirtió a mi hermano y a mí que no lo miráramos de frente.

—Ese es Eusebio —nos dijo y le dio un sorbo a su pocillo de café con intención de ocultarles a los de la mesa de al lado que nuestra charla se refería a ellos.

El tal Eusebio era el menos acuerpado de los cinco y cuando pude verlo mejor me dio la impresión, que después supe que era falsa, de un hombre cohibido ante los otros cuatro. Por temor a que se dieran cuenta que los oteábamos de soslayo, mi hermano y yo fijamos la vista en tío Jorge como si siguiéramos con él una charla, pero el simulacro resultó evidente. Más verdadera y hasta ingenua debió parecer mi mirada a través de la ventana, por donde contemplé el río rodando en sus orillas de tierra negra teñida de amarillo. En esos años todavía no era notoria la afluencia de turistas y la pintura de la fachada de las casas no pretendía ser una exhibición lustrosa para los visitantes de la ciudad. El empedrado de las calles, a pesar de la incomodidad para el paso de los carros, era un atractivo de los tiempos coloniales, y no recuerdo que el desnivel en el pavimento de las aceras hiciera pensar en un descuido de las autoridades. Como parte de lo que era mi paisaje en las visitas a tío Jorge un grupo de niños, hijos de pescadores, jugaba a las gambatas, y gozques inofensivos husmeaban en las canecas.

Pasar dos o tres semanas de vacaciones en esa ciudad hundida en las hondonadas de la montaña era meterse día y noche de cualquier época del año en un aire de brasas. Los ventiladores daban vueltas con pocas pausas en las viviendas

y en los recintos públicos. Tío Jorge iba al centro a atender su almacén de nueve de la mañana a seis de la tarde. Era raro el día en que después de ponerle por última vez el candado a la reja no se fuera a su casa. Comía bien y durante dos o tres horas se tendía en una tumbona a leer novelas de vaqueros y pistoleros. A un lado tenía un arrume de las que iba a leer y al otro lado las que había leído, guardadas en un talego que cada semana llevaba a la librería como parte del pago por unas nuevas. Leía unas páginas del comienzo, otras de la mitad y las veinte del final, y se saltaba las que por experiencia sabía que eran iguales en todas las novelas. Nos dijo que la mayoría no eran novelas sino cuentos inflados. En su almacén vendía camisas y pantalones de tela ligera y ropa interior. La calidad era mediana, para clientes con recursos de su mismo nivel. Su casa quedaba en un barrio de alquiler barato, donde la ciudad empezaba a subir por la ladera. Un lugar sin almacenes de comercio y sin tiendas de comestibles, lo que le dio a Berenice, la esposa de tío Jorge, la idea de montar un negocio en la sala de la casa. Berenice vendía los artículos de primera necesidad de la cocina, que los vecinos menos afortunados del barrio no podían tener de reserva en la despensa. Berenice atendía a la clientela por la ventana que daba a la calle. Se acercaban mujeres y niñas enviadas por sus mamás y le compraban una cebolla, no un kilo de cebollas, una pizca de sal, no cien gramos de sal, un frasquito de aceite, no una botella de aceite. Con un carro que podía ser el más viejo de Honda pero que daba envidia por lo bien cuidado, tío Jorge hacía un viaje semanal a la plaza de mercado y con la compra abastecía la despensa de su casa y surtía la tienda de Berenice. Ella vendía los artículos uno o dos centavos más caros, que disminuidos por el pago de los impuestos al municipio no justificaban el trabajo. La verdadera ganancia de Berenice era atender por la ventana de la sala a las mujeres y niñas del vecindario, armarles la charla y despedirse de ellas con una sonrisa que las acompañaba de vuelta a sus casas. Tío Jorge no podía excederse en los gastos de la casa ni de los caprichos de golosinas y prendas de vestir, pero tampoco tenía que reducirlos para pagar el alquiler a fin de mes. En las dos o tres semanas que pasábamos con ellos Berenice nos servía por la mañana, al mediodía y por la noche una comida común y corriente, casera, abundante y de ingredientes frescos. La especialidad de los domingos eran los tamales. Nosotros entrábamos en la cocina y la veíamos preparar el maíz molido con verduras y presas de pollo, envolver la mezcla en hojas de plátano y cocinar

el envuelto en una olla. Nosotros llenábamos en la casa el espacio de sus dos hijos. Ellos se habían ido a trabajar y a estudiar en ciudades más grandes. Eran el orgullo de tío Jorge y de Berenice. Trabajaban de día y hacían cursos nocturnos de preparación universitaria de ingeniería y de medicina.

Poco después del mediodía, de lunes a sábado, antes de ir a almorzar en su casa, tío Jorge cerraba el almacén e iba al café con vista al río. Adentro se oían boleros y pasillos, cumbias y joropos llaneros que salían de una rocola. Cuando ninguno de los clientes le echaba una moneda y pasaba un tiempo sin que el ambiente del local se sintiera más lleno con la música, Clímaco, el dueño, se encargaba de hacer el gasto.

Tío Jorge compartía la mesa con su médico de cabecera o con el secretario de la alcaldía o con los dos a la vez, o cambiaba unas palabras con Clímaco o con Tania, la mujer que atendía las mesas. En nuestras vacaciones nosotros pasábamos al mediodía a recoger a tío Jorge en el almacén y nos quedábamos con él el rato de su pausa del trabajo.

La tarde en que quiso hablarnos de Eusebio y de su ojo amoratado estuvimos los tres solos en la mesa. Eusebio y sus cuatro amigos salieron sin darle importancia a la mirada con que mi hermano y yo los seguimos hasta la puerta. Es posible que los otros clientes los hubieran visto entrar y salir sin fijarse en ellos. Ya los habían visto bastante en los dos últimos días. Nosotros llevábamos apenas un día en Honda y en ese comienzo de nuestras vacaciones entramos por primera vez en el café. La impresión que yo tuve de Eusebio al juzgarlo como un hombre cohibido me la quitó lo que le oímos después a tío Jorge. Tío Jorge era un gran conversador, acumulaba historias y se entusiasmaba al narrarlas con buena puntuación y uso de diversos acentos de voz.

Eusebio se sentía incómodo con la importancia que le daban sus cuatro amigos y quería que su imagen fuera la del humilde que le conocían desde niños. Él se había hecho cajero de un banco, otros dos eran pescadores y los otros contratistas de materiales de la construcción.

Hacía tres días, a la hora en que los empleados de oficina y trabajadores de otros oficios iban a almorzar sin hacer pausas y disminuía el número de transeúntes en las calles y de clientes en los locales públicos, tío Jorge y su médico se encontraban en el café. En otra mesa un hombre mayor y un joven consumían en silencio sus bebidas. El mayor era un socio avejentado de una empresa intermunicipal de buses que en sus paseos diarios tenía que hacerse acompañar de uno de los choferes. Eusebio y sus cuatro amigos ocuparon una de las cuatro mesas que quedaban libres y en la más cercana se acomodaron otros tres, que formaron con ellos un solo grupo. Uno era profesor de un colegio, el de al lado era su hermano, un desempleado que no cargaba un centavo en el bolsillo, y el otro un primo de los dos, propietario de un tractor que les alquilaba a las fincas de labranza. En el café no entraban mujeres. Los hombres iban a oír la música de la rocola y a cumplir la tradición con espíritu parroquiano. Clímaco puso los pedidos de pocillos de café y botellas de cerveza en el mostrador y Tania los llevó a las mesas.

Por ser el menos hablador de todos, nadie se dio cuenta que ese día a Eusebio no se le oyó una palabra. Su aire abstraído se confundió con su humildad. Otras

veces comentaba los ingresos y retiros de dinero en su puesto de cajero en el banco y hacía conjeturas de las inversiones en el comercio y en la industria, sin dar nombres propios. El movimiento de la cuenta bancaria de sus clientes se mantenía en secreto bajo juramento y él era un hombre de palabra.

Pero ese día Eusebio tenía una misión diferente a la de oír boleros y pasillos y participar en la charla del café. En el bolsillo del lado derecho del pantalón guardaba un secreto, dispuesto a utilizarlo sin que le temblara la mano.

Clímaco los mandaba callar cuando subían el tono. Esa tarde los ánimos se alteraron con el reproche del profesor a los pescadores por usar dinamita para pescar, cuando en la época de la subienda el bocachico nadaba en cardúmenes tan poblados que se hacían visibles en la superficie. Uno de los pescadores manoteó frente a la cara del profesor y le dijo que podía demandarlo por calumnia y por no saber que las ganancias del bocachico ya no compensaban el gasto de la dinamita. Uno de los contratistas de materiales de la construcción dijo que el profesor no se refería a los amigos presentes pero que por todas partes se oían quejas sobre la dinamita. El pescador le preguntó que quién era él para hacerse vocero del bien de los ciudadanos de Honda, que si acaso no era por el precio de los ladrillos y del cemento que muchas familias se estaban quedando sin casa. Eso era falso y aunque fuera cierto, dijo el contratista, el problema de la escasez de viviendas era universal desde hacía muchos años y el que los culpaba a él y a su socio era un ignorante en el alza de los impuestos. Desde el mostrador Clímaco les pidió que dejaran oír la música o que se fueran a la calle con su gritería, a él no le hacía falta que las autoridades le cerraran el local por escándalo público. Su vozarrón les llegó a todos, pero nadie le hizo caso. La advertencia era seria pero amigable.

Un abogado de la vuelta de la esquina y el sacristán de una iglesia entraron, saludaron con la mano en alto a tío Jorge y al médico y ocuparon una mesa. Clímaco les preparó dos pocillos de café sin esperar el pedido y Tania les recibió las monedas de las consumiciones que ellos siempre pagaban por adelantado.

El local recobró su serenidad de la música y de las conversaciones que de una a otra mesa eran murmullos indescifrables, del ruido de los pocillos al ser colocados sobre los platos y de las botellas de cerveza vacías que chocaban sus cristales cuando Tania las recogía para llevarlas al mostrador. Clímaco guardaba las botellas en sus cajas, lavaba los pocillos y tras una breve inspección le indicaba con señas suaves a Tania los lugares del suelo y de las mesas en que debía hacer limpieza y la mercancía que debía poner en orden.

Un nuevo cliente entró, con pasos sonoros y ademanes ostentosos que anunciaron su presencia como él quería.

Era Remigio, afiliado en la ciudad de La Dorada a una empresa de transportes de productos agrícolas y animales de granja, propietario de un camión que conducía con su carga a Honda, a Mariquita y a los pueblos cercanos. Robusto y obeso, de piernas largas y delgadas pero estables y ágiles, le gustaba hacer sentir que él empujaba al aire y que el aire empujaba a los que estaban a su paso. Con el pie golpeó sin intención, pero con brusquedad y sin lamentarlo, una pata de la mesa del socio avejentado de la empresa de buses y del joven chofer y se volvió a ellos con una inclinación de la cabeza.

—Ustedes perdonen el descuido —les dijo poniéndole con tono ceremonioso una burla al golpe y agregó sin mirarlos—: y si ustedes no me perdonan, que me perdone Dios.

Al pasar por detrás de Eusebio le dio una palmada en la cabeza. Eso debía tomarse como un saludo, como ocurría en cada entrada de Remigio en el café. A veces la palmada era fuerte, otras parecían perdonarle la fuerza, pero nunca faltaba. Lo cogía desprevenido y se la propinaba, y si Eusebio alcanzaba a darse cuenta y pretendía esquivarla, Remigio le daba un coscorrón e iba a ocupar un puesto en una mesa sin mirar atrás, seguro de que Eusebio no iba a revirarle y que nadie iba a hacerlo en su nombre.

Cruzó frente al sacristán y sin detenerse dijo: "Dominus vobiscum"; y se sentó al lado del profesor y de su hermano el desempleado. Ellos le abrieron de mala gana más campo del que necesitaba. Sabían que Remigio iba a dar muestras de lo poco que le quedaba en la mesa para apoyar sus brazos rollizos y acercar la barriga al borde. Sin esperar el pedido, Tania le trajo una cerveza. Remigio cogió la botella con las dos manos y al comprobar que estaba recién sacada de la nevera dijo "en su punto". Su voz llegó a las otras mesas, y aunque después, al hablarle a Tania, el tono pasó a ser el de una confidencia, la intención no era que se quedara entre los dos.

—¿Te has portado bien?, ¿no me la has jugado?

Lo oyeron los de su mesa y los de la mesa de Eusebio y lo sospecharon los clientes que alguna vez habían oído las ligerezas que Remigio le soltaba a Tania. Ella fue al mostrador a recoger los pedidos para llevar a las mesas. Tío Jorge nos contó que ni siquiera en esas ocasiones Tania ocultaba la cara y que su expresión no era de vergüenza sino de una dignidad que disminuía a Remigio al ridículo, por su necesidad de hacer público el abusivo derecho de darle a ella un trato de ramera. Un día en que Tania le sirvió una cerveza él le dijo: "Me traes otra rápido que hoy tengo más sed que ayer", y le dio una palmadita en las nalgas para apresurarla. A nadie en el café le gustó el abuso de Remigio a la vista de todos. Desde su sitio detrás del mostrador, Clímaco le dirigió un gesto de pesar a Remigio, una súplica casi mendicante de no hacer que la pobre Tania se sintiera mal. Entonces, con movimientos lentos, Remigio puso las manos en el borde de la mesa y al levantarse la hizo temblar por su peso y como protesta por el ultraje a su autoridad. Frente al mostrador habló a media voz, también él con una súplica: "Disculpe lo que voy a decirle, Clímaco, usted manda en lo que a usted le pertenece y yo lo respeto, y yo mando en lo que a mí me pertenece y usted me respeta".

Lo que le pertenecía a Remigio lo conocían más o menos los clientes del café. En La Dorada llevaba un matrimonio estable, con hijos y una economía doméstica por encima de la media, como lo atestiguaba el abultado fajo de billetes que le gustaba exhibir al pagar dos cervezas que costaban menos de un billete. De sus pertenencias, de acuerdo a lo que se le oyó decir, hacía parte Tania. Seis meses atrás él la recogió de una calle de tolerancia de La Dorada y la llevó a Honda, donde la instaló en una pieza y le buscó un trabajo. En ese momento Clímaco necesitaba una mesera en el café. Más joven y esbelta y agraciada que Remigio, Tania hubiera podido avergonzarse de ser su numerito, mientras él fanfarroneaba de poseer



algo mejor que las conquistas de los guapos de La Dorada y de Honda. Pero a Tania no se le veía vergüenza por ningún lado. Más bien hacía pensar en un rencor que ella toleraba a la fuerza cada día, pero no por la desigual apariencia entre los dos. Aunque los asiduos del café no tenían pruebas definitivas, no les faltaban detalles para estar seguros que Remigio se cobraba el desembolso del alquiler de la pieza con maltratos y con la obligación de Tania de cocinarle y de responder sin quejas a la brutalidad de sus caricias. Nadie se preguntaba por la razón que le impedía a ella irse a una nueva vivienda en la que él no tuviera derecho de entrar. No se debía al pago del alquiler, ya que si las ganancias de Clímaco en el café no subían tan rápido como los precios de la canasta familiar, él hubiera hecho el esfuerzo de aumentarle el sueldo a Tania. Pero entonces Remigio, no por amor sino por cobrarse la indiferencia de ella a su orgullo, la hubiera devuelto a La Dorada agarrada del pelo y después de desbaratarla a golpes la hubiera tirado en la peor esquina. Y también Clímaco hubiera sido víctima de un castigo. De Remigio se sabía que una noche en que salió del café tambaleándose de borracho se encontró con dos policías que en nombre de la seguridad en la carretera a La Dorada se interpusieron entre él y la puerta del camión y le pidieron que, por favor, señor, no manejara en ese estado. Los testigos cuentan que Remigio se carcajeó en la cara de ellos, escupió en el suelo, le estrelló la cabeza del uno contra la del otro y se puso al volante. El sargento no lo supo por los policías y nadie demandó a Remigio por no enfrentarse con él en la comisaría.

El transcurso de lo que sucedió tres días antes de que mi hermano y yo entráramos en el café no le hubiera venido al recuerdo a tío Jorge si no hubiéramos visto a Eusebio con el ojo amoratado. Como era su costumbre, Remigio ocupó todo el espacio de la puerta, porque su cuerpo le permitía dar esa impresión, y al entrar hizo sentir que el aire se convertía en viento. Esa vez, antes de sentarse a la mesa del profesor, se tropezó con la pata de la mesa del socio avejentado de la empresa de buses, se valió de una burla para pedirle disculpas y de paso le entonó el latín al sacristán.

Tampoco esa vez faltó a su costumbre de darle a Eusebio una palmada en la cabeza.

Cuando Tania le trajo la cerveza él bebió un sorbo y al tiempo que resoplaba puso la botella en la mesa con un golpe. No dudaba de su derecho a gruñir por el cansancio del trabajo.

—Usted tiene suerte —le dijo al profesor, y como sabía que su voz le llegaba al abogado también lo involucró—, como los abogados, ustedes trabajan sentados, pero no los envidio, yo prefiero mover los brazos, yo hago lo que le sirve a la humanidad, con mi camión yo transporto comida mientras ustedes con sus palabras no alimentan a nadie.

—Mi hermano alimenta a su familia —dijo el desempleado—, él se gana el sueldo con sus clases.

Remigio volvió la cara hacia los pescadores.

—De ustedes se oyen cosas no muy buenas, pero ustedes hacen algo por el prójimo, en cambio los contratistas de la construcción no pueden decir lo mismo.

—Su opinión es cierta y no nos importa —dijo uno de los contratistas—, tampoco el prójimo hace nada por nosotros y a nosotros nos basta con ser honrados.



Remigio se rió y miró hacia el mostrador.

—¿Si oyó lo que dicen aquí, Clímaco?

Clímaco esperó a que le contaran lo que se decía. Remigio subió la voz:

—En su café están echando chistes.

Le dio un sorbo a la cerveza, puso la botella en la mesa con un golpe y miró al propietario del tractor. El desdén y la arrogancia de su mirada sustituyeron las palabras. Tampoco se oyó ninguna en los clientes que estaban cerca de él, pero el silencio no alcanzó a sentirse. Desde la otra mesa, a través de las canciones de la rocola, se oyó la voz de Eusebio:

—Remigio, usted no vuelve a hacer eso.

El desconcierto los hizo callar a todos en el café. Les costó trabajo aceptar el tono alto en que habló Eusebio y la falta de sentido de lo que se le oyó. Remigio no tuvo que fingir que no se sentía aludido ni fue irónico.

—¿Usted está hablando solo, Eusebio?

—Le hablo a usted.

—¿Y qué es lo que quiere decirme?

—Que usted a mí no vuelve a tocarme un pelo.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Lo que oye, quiero que usted me prometa que no vuelve a tocarme un pelo.

—A mí eso no me suena a ruego sino a advertencia o a amenaza y no me gusta, yo sé divertirme sin gastar plata, pero usted no me está divirtiéndome.

Eusebio se quedó en silencio y en el café, incluido tío Jorge, los clientes empezaron a inquietarse. Tania no volvió a atender las mesas. Dos hombres entraron arrastrando en un carrito un arrume de cajas con botellas. Eran distribuidores de cerveza y bebidas dulces. Clímaco los atendió de prisa y enseguida intentó hablarles con voz alegre a Eusebio y a Remigio.

—¿Qué tal si cambiamos el tema y pedimos otra tanda?

Un joven entró a comprar cigarrillos y salió sin ponerle atención a lo que se hablaba en el café. Remigio tampoco le puso atención a él y no bajó el tono al hablarle a Clímaco.

—Yo no quiero cambiar el tema, y usted a mí no me diga cuándo quiero tomarme una cerveza, lo que quiero es que Eusebio hable claro.

—Usted no sale de aquí si no me promete que no vuelve a tocarme un pelo.

—Hola, Clímaco —le dijo Remigio—, me parece que usted va a cambiar el café por un circo y ya consiguió un payaso, pero el payaso llamado Eusebio no me divierte, me aburrió y quiero que me pida disculpas.

Eusebio no dijo nada y Remigio no esperó mucho tiempo.

—Usted y yo no hemos sido amigos, pero tampoco quiero que quedemos como enemigos, si me pide disculpas yo lo perdono, ¿qué dice a eso?

—Lo que le dije antes, que usted tiene que prometer que no vuelve a tocarme un pelo.

Clímaco volvió a dejarse oír, pero esta vez sin intentar una voz alegre.

—Cállese, Eusebio, que nos está aburriendo a todos.

—Usted no se meta, Clímaco —le dijo Remigio—, a este renacuajo lo arreglo yo.



—Por favor, Remigio —le dijo Clímaco—, déjeme arreglar esto por las buenas, le pido el favor.

—Usted vaya a pedirle favores a su madre —le dijo Remigio—, yo a usted no le debo nada y la culpa es suya por tener clientes como este renacuajo de mierda.

La rocola dejó de sonar y no hubo quién le echara una moneda para oír otra canción. Clímaco salió de detrás del mostrador, pero no se atravesó entre Remigio y Eusebio. Remigio se levantó y dio dos pasos a un lado para quedar libre del estorbo de la mesa.

—Le doy la última oportunidad —le dijo a Eusebio—, usted me pide disculpas y yo le perdono el asco que me ha hecho sentir.

También Eusebio se levantó y también él se separó dos pasos de la mesa.

—Si usted me promete que no vuelve a tocarme un pelo, yo le pido disculpas.

—Lo voy a agarrar del pescuezo y lo voy a dejar tan chueco que no va a levantarse del suelo hasta al juicio final, usted ya no tiene salvación —dijo Remigio y se preparó a cumplir su amenaza pero no alcanzó a dar un paso.

Eusebio metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y la sacó empuñando un revólver. Su brazo quedó estirado hacia abajo, quieto como su cuerpo, pero listo a moverse si era necesario. Tío Jorge nos contó que los murmullos que llenaron el local se oyeron con más fuerza de la que tenían debido al silencio que hubo momentos antes. La incredulidad le atoró la voz a Clímaco, que después le salió a gritos.

—Eusebio, güevón, guarde el revólver —y se volvió a Tania—, cierre la puerta con llave, aquí no entra nadie hasta nueva orden.

El profesor habló con voz serena.

—Eusebio, amigo nuestro, piense en lo que voy a decirle, o lo matan a usted o usted se va a la cárcel.

—Nosotros estamos de acuerdo con el profesor —dijo uno de los pescadores—, piense en su mujer y en su hijo, Eusebio.

—Póngale atención a lo que le dicen —dijo el abogado—, usted no va a tener quien lo defienda.

A Remigio se le veía feliz y así sonó su voz.

—Nadie se meta en lo que no le importa —dijo y escupió en el suelo—, yo le doy las gracias a Eusebio por darme el chance de romperle el pescuezo, pero primero voy a quitarle el revólver y a miármele encima.

Eusebio no quiso oír más. Adelantó el pie izquierdo un paso, estiró el brazo izquierdo con la palma de la mano abierta hacia arriba, apoyó la culata del revólver en la palma de la mano abierta y disparó. Remigio cayó al suelo de espaldas, sin ruido, amortiguado por el volumen de su cuerpo, con una pequeña mancha roja en la camisa en el sitio del corazón. Eusebio puso el revólver en la mesa, sacudió los hombros y levantó los brazos a la altura de la cabeza. El único que habló y se movió fue Clímaco. Le habló a gritos a Eusebio.

—Una cagarruta como usted me jodió el negocio —y manoteó en el aire como si quisiera agarrar algo que no sabía qué era y en vez de descargar su aturdimiento con un puñetazo en una mesa le mandó el puñetazo a Eusebio en la cara.

Eusebio se fue de espaldas contra una pared, y con el golpe en la cara y el que se dio en la cabeza se escurrió y quedó sin conocimiento sentado en el suelo. El médico fue a examinar a Remigio. Se inclinó ante él, le tomó el pulso y le palpó la aorta, trató de sentirle el vaho de la boca y de la nariz y se incorporó. Clímaco gritó que llamaran una ambulancia.

—Si quieren llamar a alguien llamen a la policía —dijo el médico y volvió a sentarse al lado de tío Jorge. Los pescadores y los contratistas de la construcción levantaron a Eusebio y lo llevaron a su asiento. Eusebio no pudo mantenerse erguido. Uno de los ojos le deformaba la cara con una hinchazón roja. Tío Jorge, aunque a las espaldas de él, se dio cuenta que trataba de orientarse con leves giros de la cabeza y supuso que su mirada no conseguía atravesar una humedad turbia. No hubo quién propusiera si salir del café o esperar sentados, si hablar o quedarse en silencio. Clímaco les dio la espalda y habló de cara a la pared del mostrador:

—Llamen a la policía y no mimen tanto a ese pendejo que bastante lo van a mimar en la cárcel.

Los pescadores dejaron a Clímaco hablando con la pared. Con un pañuelo empapado de cerveza le refrescaron la cara a Eusebio y uno de ellos le pidió a Tania que trajera hielo para trancarle la hinchazón. Clímaco se volvió al pescador:

—¿Y usted quién es para dar órdenes aquí?

Tania trajo unos cubos de hielo en un vaso y uno de los pescadores se esmeró en curarle el ojo a Eusebio. En el silencio del local, cuando todos querían olvidarse de Remigio tirado en el suelo, se oyeron unos golpes en la puerta. El ruido fue el de un fierro contra la madera. Clímaco se acercó a la puerta y habló a gritos:

—No hay servicio.

Del otro lado también le contestaron a gritos:

—Abra la puerta, policía.

Alguien de afuera debió haber oído el disparo y debió haber corrido a dar aviso en la comisaría. Tania abrió y después de la entrada de un sargento y dos policías volvió a cerrar con llave. El sargento no tuvo que pasearse por el local ni examinar por más de unos segundos su alrededor para hacerse una idea del aviso del soplón en la comisaría. Vio el cuerpo tirado en el suelo, el revólver en la mesa, a Eusebio y al que le aplicaba hielo en un ojo. Los policías le siguieron la mirada. El sargento se acercó al cuerpo tirado en el suelo y le vio la cara y la mancha roja en la camisa.

—Me parece que este es el tal Remigio —dijo—, ¿o me equivoco?

—No se equivoca, sargento —le dijo Tania.

—Y no me equivoco si digo que lo mataron con ese revólver —dijo el sargento. Se acercó a Eusebio y le examinó la cara—. Creo que este es el cajero del banco frente al puente, no recuerdo su nombre, si alguna vez lo supe.

—Eusebio —dijo Tania. El sargento se volvió a Clímaco.

—Que yo sepa es la primera vez que en su café hay un bochinche de este tamaño, hágame un resumen de los hechos, ¿Eusebio mató al tal Remigio?

—Discúlpeme, sargento —dijo Tania—, hay que comenzar por el principio, Remigio quería matar a Eusebio.

—¿Con qué?

—Con las manos, quería estrangularlo, primero le dio un coscorrón y le dijo que era un renacuajo.

—¿Y por qué el coscorrón?

—Porque Remigio era un matón, le gustaba divertirse mansalviando a los demás, acuérdesese de la tunda que les dio a dos policías por nada, porque ellos estaban cumpliendo con su deber.

Al sargento no le cayó bien el recuerdo de esa humillación.

—Es mejor que se acuerde de lo que pasó aquí, Tania, yo supongo que entonces Remigio le dio un puñetazo y Eusebio sacó el revólver y lo mató.

—Todavía no, Eusebio le pidió el favor de no darle coscorriones porque los coscorriones dolían y que no le dijera renacuajo porque eso también dolía. Y Remigio le dio una cachetada y le dijo una grosería que no quiero repetir pero que tenía que ver con la mamá de Eusebio.

—Un momento —dijo el sargento y se volvió a Eusebio—. ¿Y usted por qué anda armado?

Tío Jorge no sabe si Eusebio oyó la pregunta. Es posible que todavía no hubiera despertado de los golpes en la cara y en la cabeza. El sargento se impacientó.

—Conteste o lo llevo a la comisaría a hacerle allá el interrogatorio.

Contestó el hermano desempleado del profesor.

—Eusebio todavía está privado, sargento, no lo oye, nosotros sabemos que tuvo que echarse el revólver al bolsillo porque lo amenazaron.

—¿Quién lo amenazó?

—Él no sabe, un tipo lo apercolló por la espalda y le dijo que si no le colaboraba en un desfalco al banco le amarraba un ladrillo al cuello y lo echaba al río.

—¿Y por qué en la policía no sabemos nada de esa amenaza?

—A Eusebio le faltaban pruebas para ir a la comisaría.

—Mal hecho, su silencio es un delito —dijo el sargento—. ¿Y Eusebio tiene licencia para portar armas?

—Eso es seguro, sargento, Eusebio siempre ha sido un hombre correcto.

El sargento se volvió a Tania y a Clímaco.

—Quedamos en que Remigio le mentó la madre a Eusebio y qué más, ¿le dio un puñetazo y Eusebio lo mató?

—No —dijo Tania—, Eusebio le dijo que iba a poner una denuncia en la policía.

—¿Y por qué no la puso?

—Remigio le dio otra cachetada y dijo algo que usted me va a perdonar que yo lo repita, dijo que él se pasaba a la policía por la faja.

El sargento miró con repugnancia el cuerpo tirado en el suelo.

—¿Y por qué Eusebio no fue después a poner la denuncia?

—Le dijo a Remigio que era un vulgar, que eso era un irrespeto a la autoridad, y ya iba a salir pero Remigio le dio el puñetazo y lo mandó contra la pared, yo creo que Eusebio tiene una herida en la cabeza, y lo levantó agarrado del cuello y lo trajo a la mitad del café para que todos viéramos cómo lo estrangulaba.

—¿Y por qué nadie intervino?

—Eusebio no nos dio tiempo, colgado de las manos de Remigio y pataliando sacó el revólver del bolsillo y disparó.

—Y los dos quedaron derrumbados en el suelo —dijo uno de los pescadores—, todos creímos que Eusebio también estaba muerto.

—¿Y por qué el revólver está encima de la mesa y no en el suelo?

—Usted tiene razón en hacer esa pregunta, sargento —dijo Tania—, a veces una no piensa las cosas completas.

Con un gesto severo pero que no asustaba el sargento esperó la respuesta y la encontró él mismo:

—Supongamos que Tania con su manía de limpiar y ordenar el café lo levantó y lo puso en la mesa.

—Así es, sargento.

—¿Y los aquí presentes vieron cuando Eusebio disparó?

—Todos, sargento.

—¿Alguno de los testigos salió después?

—Ninguno.

—¿Por qué la puerta estaba cerrada con llave?

—Clímaco corrió a cerrarla y a echarle llave y dijo "aquí no entra sino la policía".

—¿Y por qué no llamaron a la policía y yo supe del disparo por un desconocido que fue a dar aviso?

—Porque el médico trató de salvarle la vida a Remigio y después todos quedamos embrutecidos.

El sargento sonrió, irónico o desconfiado pero satisfecho.

—¿Y a usted qué le pasa, Clímaco?, parece que no sabe lo que sucedió en su café.

—Como dijo Tania, sargento, todos quedamos embrutecidos.

—¿Y quién es el médico entre todos estos?

El médico se identificó. El sargento hizo identificarse a los que no conocía. Abusó de tío Jorge con la pesquisa de la ubicación y la especialidad de su almacén de ropa. Al sacristán le hizo decir el nombre de la iglesia en que oficiaba, Nuestra Señora del Carmen. Conocía bien al abogado por los continuos pleitos de sus clientes que lo llevaban a la comisaría y había visto una vez a uno de los pescadores y a uno de los contratistas de materiales de la construcción por pleitos con terceros. Al propietario del tractor le sacó el nombre de sus clientes. Conocía, como muchos en Honda, al socio avejentado de la empresa de buses, y de manera espontánea, sin ánimo de ofenderlo, le preguntó si se consideraba en condiciones de confirmar o de desmentir ante el juez las declaraciones de los primeros testigos. Él contestó que no veía ni oía bien a cincuenta metros de distancia pero que todo era claro a sus sentidos a diez metros.

—Y garantizo que son ciertas las declaraciones que usted oyó.

—Su testimonio se lo da mañana al juez, mi deber es otro —dijo el sargento y miró al joven chofer que acompañaba al socio avejentado de la empresa de buses—. ¿Y a usted qué le pasa que está tan cabizbajo?, ¿quiere decir algo en contra y no se atreve?

El joven, con un temblor, demoró la respuesta e hizo creer que no iba a decir lo que por fin dijo:

—No tengo nada en contra, sargento, lo que pasa es que todavía estoy asustado con el ruido del disparo.

—Voy a recordarle algo que a usted se le olvidó —le dijo el sargento—, no todo el mundo muere de muerte natural.

Tío Jorge y todos en el café temieron que al joven chofer el secreto le remordiera la conciencia y saltara con la verdad a voz en cuello, pero lo vieron con la cabeza gacha, tranquilo, como si reflexionara en las palabras del sargento. El sargento les dijo a los policías que fueran a avisarle a los de la morgue que vinieran a recoger ese bulto tirado en el suelo y que le informaran a la comisaría de La Dorada que en Honda tenían un muerto que pertenecía a su jurisdicción.

—Todos los que están aquí, sin excepción —dijo con voz de mando—, se presentan mañana a las nueve en el juzgado, a Eusebio me lo llevo a la comisaría, queda bajo custodia hasta oír la sentencia del juez.

Remigio fue acusado de graves lesiones personales y Eusebio quedó libre el mismo día del juicio por haber actuado en defensa propia. Nadie en Honda, ni Berenice, la esposa de tío Jorge, puso en sospecha la declaración de los testigos. Mi hermano y yo, cuando oímos del duelo entre Eusebio y Remigio, supimos que tío Jorge no sentía arrepentimiento por haber integrado el puñado de testigos que construyó su verdad, así como él sabía que nosotros no íbamos a divulgar una verdad distinta, al menos pasados tantos años que lo sucedido en el café de Clímaco ya no era siquiera historia vieja para las nuevas generaciones. Mi hermano y yo dedujimos que en la verdad que tío Jorge quiso revelarnos Eusebio apretó el gatillo del revólver, pero él no mató a Remigio, tomándose la justicia por su mano lo condenó a muerte todo Honda. ■